



SEMANA SANTA EN SEVILLA ES COMO ES

POR
LUIS ORTIZ MUÑOZ

LA Semana Santa en Sevilla es un hecho pleno de luz, que todos los sevillanos conocen, que todos interpretan fielmente, sin necesidad de que nadie se lo explique. Porque no son meros espectadores de este suceso que se repite con inexorabilidad anual. Son actores, sujetos agentes del mismo, y lo realizan con el poder supremo que les confiere el sentirse mandatarios de una tradición, sin que a la postre les importe la postura del espectador o del turista. La Semana Santa de Sevilla es como es, por razones muy hondas, que así la han hecho cristalizar en el tiempo, y no como nadie quiera que sea. Sus leyes, sus preceptos, sus normas, se trabajan de tal manera en un conjunto armónico, que el análisis exige descomponer algo tan difícil de desentrañar como la psicología sevillana.

La tradición histórica

La Semana Santa hispalense la han transmitido los siglos, tal cual es, en su más pura tradición. Está arraigada en el corazón de la historia de España, donde no llegan los arañazos de los sectarios. Forma parte del patrimonio espiritual de la nación; es como el perfil fundamental del ser histórico, de la sustancia de Sevilla. Y ello hasta tal punto que, sin esta fiesta, donde está el alma de la ciudad, no se concibe la ciudad misma. De aquí nace el primer valor fundamental, el que encuadra ya todos los demás y les da inimitable carácter: la tradición.

La tradición define a los pueblos; es como la raíz, que confiere al árbol tanta mayor firmeza y robustez

cuanto más hondo cala en la tierra. Sin la base de la tradición son incapaces de ahincar profundamente la unidad espiritual y la conciencia colectiva de destino que sostienen la verdadera comunidad nacional. Las instituciones y las costumbres de un pueblo se depuran y fortifican con la dimensión histórica. Por eso el valor sustancial de esta gran fiesta hispalense arranca de su vieja solera tradicional.

El espíritu cofradiero brota como gala magnífica, en el mejor momento político de España. Diríamos que entra en la Historia como consecuencia de lo que un autor de nuestros días ha llamado «Tempestad revolucionaria que hace peligrar el mundo de lo abstracto y de lo geométrico».

Cuando llega a tal proceso realista nuestra psicología ascética nace, como cristalización genuina del espíritu católico, el estilo y el arte de celebrar la Semana Santa. Es verdad lo que determina y produce la inspiración religiosa eterna y general. Mas hay una versión hispánica que, por barroca, naturalista y patética, no es menos general y eterna. Yo diría más: llamaría a este estilo y a esta técnica popular de celebrar la Semana Santa, expresión racial hispánica, y puesto que en su más viva y permanente realización se produce en Andalucía la que, al decir de un gran escritor, consagra «La sabiduría del llorar», afirmaríala que es expresión local y genuinamente hispalense.

Arrancan, pues, del siglo XVI nuestras más viejas cofradías. Al calor del momento crítico en que cuaja la Contrarreforma, se hace preciso que las antiguas Hermandades llamadas de «luz» conmemoren la Pasión del



Señor. El espíritu penitencial del medievo sale de los claustros y de las celdas, y hace acto de presencia en las calles para dar fe pública de su fervor emocionado. Vibran reiteradamente las exhortaciones pastorales con el clamor de que, «más méritos tiene considerar la Pasión de Cristo que visitar Tierra Santa, ayunar a pan y agua por espacio de un año, todos los viernes, o tomar todas las semanas una disciplina de sangre.» Las nuevas Hermandades surgen así para cumplir una finalidad religiosa: «Renovar con el desfile de los misterios de la Pasión la memoria del augusto sacrificio en los corazones de los fieles y servir de freno a la impiedad y el paganismo.»

Las procesiones

Nuestras procesiones nacen para servir, ante todo, un espíritu de fe. Forman parte de una fiesta religiosa. Son la expresión concreta y dramática de un dogma: el dogma de la Redención. Es inexcusable subrayar fuertemente este carácter como sustancial de nuestra Semana Santa, porque sin él la fiesta carece de causa y de contenido, y subrayarlo aún con mayor firmeza ante quienes no han sabido comprender el genuino concepto de la piedad española, interpretando la fe popular con un rigor que supone acusarla de paganía.

La Semana Santa de Sevilla representa, acaso con más relieve que ninguna otra de las españolas, lo que podría llamarse un estilo de la piedad hispánica, que cristalizó sobre todo en el culto a tres dogmas de la fe, para cada uno de los cuales creó una manifestación pública original. A la vista de estas creaciones, se ha hablado muchas veces de un sentido imperial de nuestra fe y de nuestra piedad. «España enseña a rezar al mundo» porque está bien claro que nuestra Patria, al definir con Osio el Símbolo de Nicea, al lanzar a los claustros y templos de la Edad Media la Salve Regina que compusiera San Pedro de Mesonzo, al enseñar al orbe, como exvoto y trofeo de la más grande batalla naval de su Imperio, el Rosario que creará el genio apostólico y litúrgico de nuestro Santo Domingo de Guzmán; al publicarse el código del gobierno de la vida interior del espíritu, que escribió el herido de Pamplona y anacoreta de Manresa, o al plantear, como la toma de un castillo, en la interior morada el problema místico de la santificación, como hizo Santa Teresa, la gran maestra y estratega de los combates del alma, fué la misionera más relevante de la oración y de la meditación, que esencialmente constituyen el mundo cristiano de la piedad.

Un arte del dolor

Para plasmar el concepto procesional de la Semana Santa, para representar en plena calle el Drama de la Pasión hacía falta una creación artística. El alma de esa creación fué la inspiración católica tridentina y protridentina. La forma, el barroquismo. El arte así nacido, la imaginaria. Cierta que la primera escuela tuvo su sede en Castilla, pero lo clásico no había sido aún plenamente vencido. Era necesario que a este arte nuevo infundiera Sevilla toda su obsesionante pasión dramática para que se consagrara como producción decididamente barroca. España había impreso al Renacimiento un sello cristiano. De las paganías italianas se había pasado al humanismo católico, en un movimiento general de las letras y las artes. Pues también el barroquismo escultórico tuvo su tradición española, y ella fué la imaginaria religiosa procesional.

Para este arte se requería un elemento nuevo también. Atrás se quedaron la piedra, el mármol y el bronce, materiales fríos, tomados del mundo inorgánico, propios de la gracia geomé-

trica y para la representación de lo abstracto. El arte nuevo quería ser concreto y humano. Necesitaba tomar la materia del mundo orgánico. Exigía que esta materia fuera idónea por su blandura para modelar la carne, y cálida y suave para que en ella se plasmaran todas las pasiones del espíritu. Y así advino al reino de la estatuaria la madera. Se cortaron los olorosos sándalos y los simbólicos cedros para convertirlos en Cristos y Dolorosas. La gubia hendió los troncos leñosos, como si advirtieran que sus fibras eran semejantes a las de la carne, y pudo en ellos grabar los rasgos patéticos del dolor humano. La madera tallada recibió después como bautismo realista el encarnado. Y el prodigio técnico llegó a ser tan maravilloso que aunque en nuestros días está oculto el secreto de esa carne de dolor en que cupieron todas las gamas: lo mórbido, lo cárdeno, lo flaco; la carne trabajada de martirio y amaratada, la carne desangrada y expirante, la carne floja de muerte... Todavía el realismo impuso una mayor exigencia. Se rebelaba contra las siluetas inmóviles, por airosos que fueran los pliegues de los reportajes estofados de las imágenes. Se requería que el vestido fuera real, que el aire lo moviera, que el sol arrancara reflejos a sus bordados de oro; que en el misterio de la noche, al fulgor pálido de los cirios, las vestes compusieran coloridos fuertes. Así, junto a la imaginaria nació otro arte: el del vestido, de gran riqueza la magnificencia deslumbradora. Porque el pueblo quería ver a las imágenes con ropajes bordados de seda y oro.

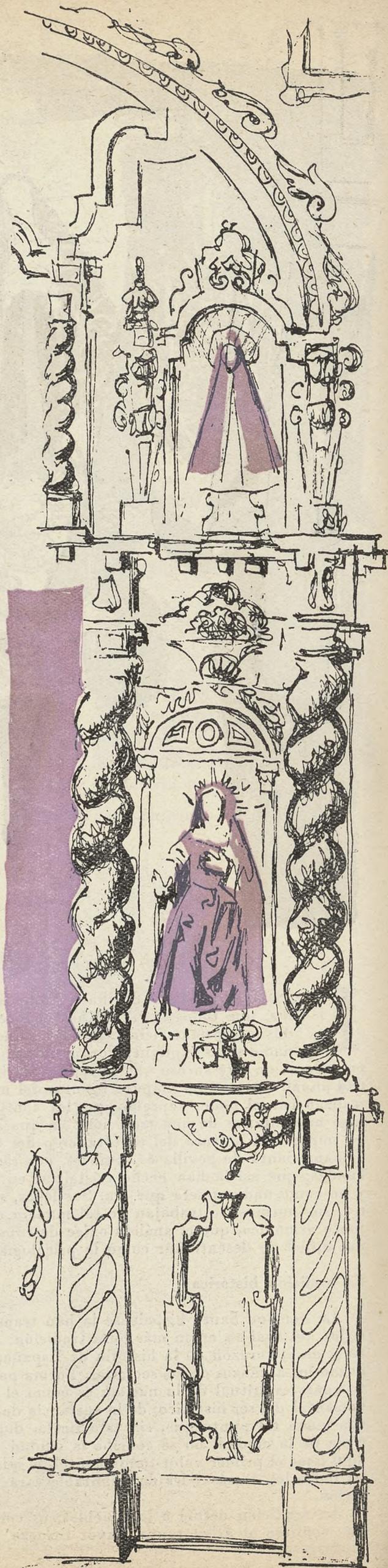
Y Sevilla prestó al arte del bordado toda su creadora fantasía. Aquella artesanía tuvo momentos de gran esplendor, que se perciben en la maravilla de las telas y vestuarios de nuestra Catedral y, dentro del mundo de las Cofradías, en el vetusto y clásico palio de la Virgen del Valle. Pero la herencia no se ha perdido. Aun hoy día se ven, en los patios sevillanos que describieron los Quintero, muchachas inclinadas en el bastidor tejiendo pacientemente con hojilla, con canutillo, con lentejuelas de oro y de plata, primorosos mantos de Dolorosas y rutilantes túnicas de Nazarenos.

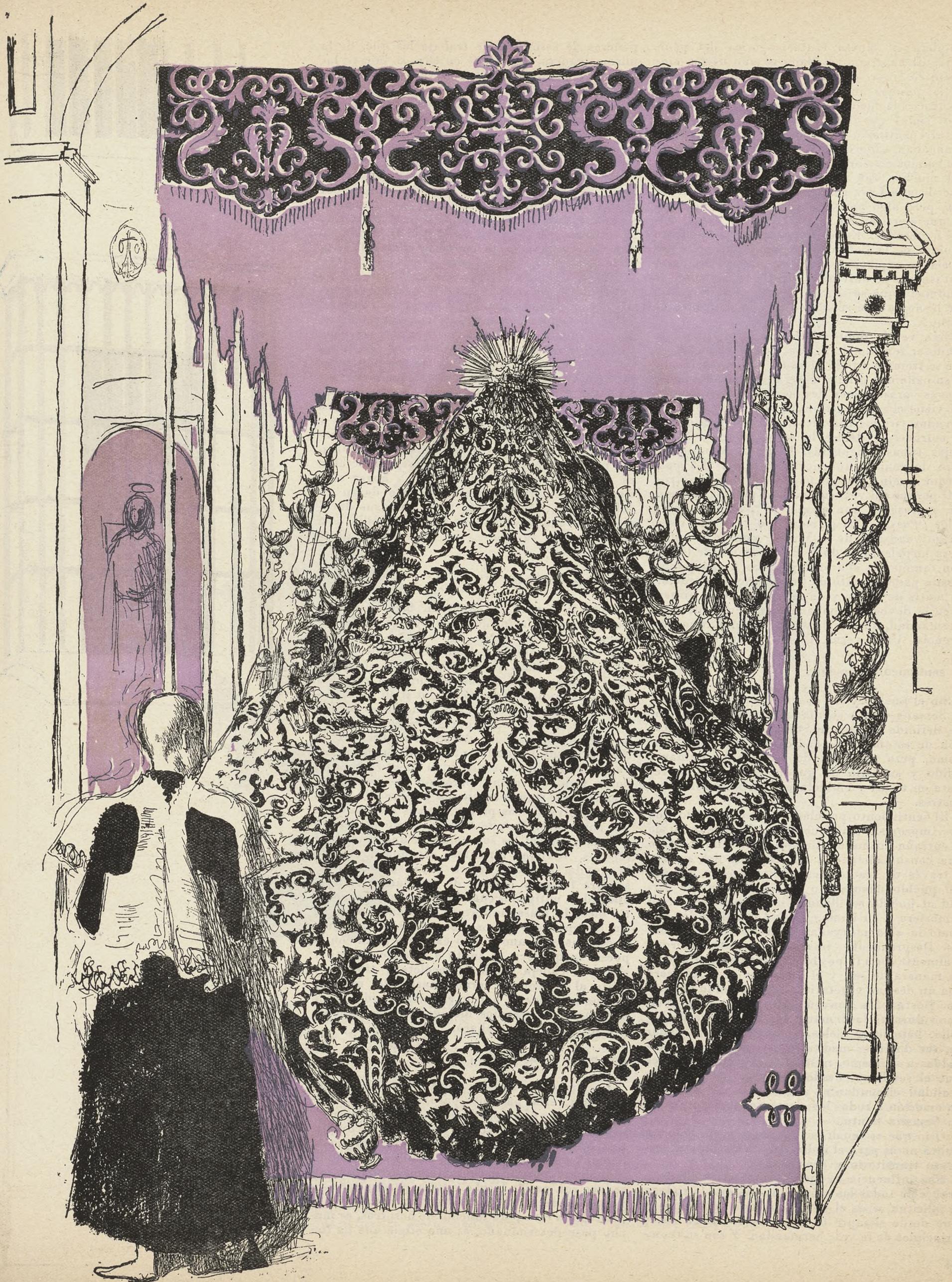
Las cofradías en la calle

Creado el arte y concebida la hermandad en su aspecto interno, era preciso trazar la técnica de la procesión, sacar a la calle la Cofradía.

Esta técnica, que ha sido elaborada en el seno de las Hermandades, es en realidad una de las más interesantes creaciones del pueblo sevillano. Vamos a ver desfilar la que pudiéramos llamar una Cofradía tipo, porque hay rasgos comunes a todas, hay como un código estético general por el que se rige su organización y protocolo. Lo primero en la Santa Enseña de la Rendición: la Cruz, supremo emblema de la Pasión y de la vida cristiana, que alumbran luces de alto o faroles de plata. La gran cruz latina es, en la serenidad del atardecer o en la penumbra de la noche, el mejor heraldo y silencioso pregonero de la Cofradía.

Puntean luego el aire de ráfagas luminosas los cirios enhiestos en doble hilera, portados por los primeros penitentes. Son los Nazarenos de Sevilla. Nazarenos porque escoltan al Nazareno, por antonomasia, o porque en su afán de penitentes recuerdan a los Nazarenos de la ley hebrea. Calzan sandalias abiertas, cuando la promesa impone la desnudez del pie. Las túnicas de colores simbólicos: el negro fúnebre de la muerte, el morado penitencial y litúrgico, el blanco de desdén y desprecio, el rojo de sangre, el verde de esperanza y amor, son a modo de sayal ceñido con cinturón de esparto y que remata en airosa cola recogida o en airosa capa ondulada. La cabeza va cubierta del capirote o coraza puntiaguda, revestida del antifaz que





completa la silueta fantasmagórica del penitente. El nazareno sevillano es uno de los más auténticos representantes de la tradición penitencial pública de la Iglesia. Su contemplación nos trae a la memoria a aquellos penitentes de otros siglos que iban mostrando públicamente su arrepentimiento, mientras las disciplinas arrancaban sangre de sus espaldas y entonaban salmos fúnebres y dolorosos. En la actualidad muchos van descalzos o caminan bajo el peso de una Cruz rústica o llevan grillos en los pies, pero algo parece decirnos que la penitencia que ejercitan les va liberando de votos, culpas o pecados. En el largo, lento y silencioso caminar de la Cofradía, su monótono paso nos proclama expiación. A través de tantas caras fantasmales se adivina el fervor, la devoción, la penitencia que se cumple por la perdida salud, por la novia que se quiere, por la desgracia de fortuna.

Otra vez la doble hilera de cirios. Luego la bandera, remedo de la santa seña catedralicia, que se tremola a todo viento y ondea mostrando en su paño una gran cruz estampada. A los lados, nuevas varas. Siguen después más cirios en alto. Ya viene el paso entre nubes de incienso de los elevados ciriales litúrgicos, en una presidencia de cofrades, y de las bocinas, recuerdo de las viejas tubas pregoneras. El paso, nombre curioso de genuina invención sevillana. Es paso porque camina, porque pasa delante de nosotros.

O porque tal vez, en una más poética etimología, representa una escena de padecimiento y dolor (*Passus*). El primer paso es el de Cristo. Luego vendrá el de la Virgen, porque la cofradiera hispalense es dual. En el drama de la Pasión también es ella protagonista. A cada lance, a cada padecimiento de Cristo, sucede un dolor, un matiz de llanto y de amargura de la Virgen. Y en la devoción sevillana, aun dentro de cada Hermandad, hay siempre una elección, una preferencia. Unas veces, Cristo; otras, su Madre.

El sentimiento popular

Sin el pueblo y sin el sentimiento del pueblo, la Semana Santa sevillana no tendría existencia definida y fragante. Sería, eso sí, una sucesión de estampas rígidas dentro de su metodicismo, pero carecería de ese aliento humano, cálido y suasorio de que la ceremonia se reviste en todos y en cada uno de sus momentos ilustres.

El sentimiento popular no es una virtud que nos improvisa, sino que viene de lo hondo, de la entraña misma del tiempo, para cuajar, como una consustancialidad del espíritu del pueblo a través de tradiciones, costumbres y anhelos del pueblo mismo. No se concibe sin esa virtud al pueblo sevillano. En su carácter, en su atmósfera y su clima. Y vive tan ligado a ella como la «Hamadryada» al tronco de los árboles. Desprendedle imaginativamente, porque realmente sería imposible, de esa peculiaridad de su manera de ser, y el individuo se os ofrecerá con un destino vegetativo, sin contenido ni rumbo. Basta para convencernos dejar a un sevillano durante la Semana Mayor ausente de Sevilla, bajo otros cielos, y os sorprenderá hallar un ser distinto, meditativo y taciturno, de espaldas a sí mismo, nostálgico y plañidero. Y es que el sevillano, desde que abre los ojos a la realidad circundante, acostumbra su retina y su emoción a todos los elementos integrantes de su Semana Santa.

O lo que es igual: la influencia de la Semana Santa no es para el individuo de Sevilla un pretexto transitorio y ocasional.

Esa influencia se ejerce sobre el sevillano a través de todas las circunstancias que lo rodean y solicitan, y es el padre, cofrade arraigado, el que desde siempre lo ilustra y lo educa sobre principios de fe y de hermandad. Y son sus com-

pañeros de estudio o de trabajo los que, de la misma manera, desde que en ellos se inician los primeros coloquios, ganan su atención con el tema de la Semana Santa, y por si fuera poco, la fotografía y la imagen representativas de pasos famosos, fotografías que penden de los muros de su casa o de los muros de la «tertulia», imágenes que alumbran las hornacinas, los retablos o las rinconeras de su hogar, todo en suma contribuye a que el sevillano, desde su niñez, se sienta envuelto y a la vez captado por infinitos motivos de amor y de piedad que insensiblemente, si no fuera porque el individuo se entrega con toda su voluntad al sortilegio, van formando para la devoción más íntima y recia su espíritu insosegado.

¿Es sólo el hombre, me diréis, el forjador de nuestra Semana Santa? La mujer sevillana, nuestra hermana, o nuestra novia, o nuestra esposa, o nuestra madre, o nuestra hija, sea la que fuere, pero sevillana, ya es, con su piedad y su celo, cadena de esfuerzos, de sacrificios y de renunciaciones que plasman, como un retablo vivo, al cuadro fascinante, a nuestra Semana Mayor. La mujer sevillana, como simple devota, o como camarera de la Virgen, es la que interviene en la Cofradía y elige los trajes de las imágenes y les ciñe los paños en las sienes, y las cubre armoniosamente de flores, y borda artística, anónima, los mantos fabulosos y arregla los mil detalles de la capilla, que huele a hogar, a hogar cristiano, limpio, transparente trasunto de su alcoba misma, que también tiene para sus devociones terrenales y místicas algo de capilla, con sus imágenes, sus flores, sus rezos, sus trajines y sus sueños.

Poesía de la ciudad

Toda la ciudad es como un bien dispuesto escenario para la incalculable belleza de la Semana Santa.

Y es así porque la Cofradía ha nacido, puede decirse, ajustando su estampa, su composición y su medida, a la disposición urbana recogida y viva de ciudad. Ya está de por sí en un maravilloso poema de piedra. Su armonía es íntima y cordial, sin que por parte alguna disientan los elementos gráficos de su estructura. Y la ciudad se fué forjando a tono con la peculiaridad de su luz, de su cielo, de su aliento fragante. Sobre todo de su luz, para que los contrastes jueguen y se resuelvan en ella y sobre ella, como un incentivo de sus planos, de sus artistas y de sus contornos. Porque Sevilla, como la definió Ortega y Gasset, es sobremanera una ciudad de reflejos. Reflejos hirientes, cegadores, cuando la pupila, cansada, busca para su sosiego la sombra fresca y olorosa de sus patios; reflejos apagados, mitigados cuando la noche unge, como un óleo, la masa uniforme, plástica y dócil de sus andenes, sus muros y sus azoteas. Entonces el contraste en uno y otro caso nos gana con la poesía inequívoca. Y junto a la calle abierta y clara, la calleja sombría, recoleta y tímida; y junto al torreón de carne translúcida, morena, de una morenez de nardo, el perfil florido donde una mata de geranios dialogaba esencialmente con un tiesto de albahaca...

Los pasos y las efigies

Los que desde nuestra niñez estamos acostumbrados a verla, paso por paso, imagen por imagen, sentimos que toda filosofía, toda abstracción sobre sus ideas directrices, es banal e incompleta si se piensa en la realidad misma. Porque la Semana Santa hispalense es conjunto y es individualidad, porque lo concreto nos arrastra y nos seduce con pasión local e íntima, porque cada sevillano tiene su predilección y su partidismo la gran fiesta está para muchos de nosotros, es mucho paso determinado, es una efigie que ha im-





presionado la devoción. Por eso no se alcanza un concepto exacto de la Semana Santa de Sevilla si no se la examina también a través de lo particular y concreto, si no se la sugiere encarnando su descripción en pasos efigies, por lo menos los de más relieve y nombradía; si no se la evoca personificándola específicamente en sus pasos de misterio, en sus Nazarenos, en sus Crucificados y en sus Dolorosas. El paso del misterio es el primer gran grupo en que cabría clasificar todo ese extenso conjunto de cuarenta y siete Cofradías con sus ochenta y ocho pasos que forman la totalidad de la Semana Santa hispanense. Un paso de misterio es, pues, en el argot sevillano cofradiero, el que representa una escena de la Pasión, en el sentido de grupo de figuras, de la imagen aislada en el plan de composición escultórica, con el verismo dramático de juego y consonancia de actitudes, gestos y ademanes.

El segundo gran grupo de los pasos y de las efigies sevillanas puede llamarse de los Nazarenos. Etimológicamente, nazareno es el hombre natural de Nazareth, ciudad de Galilea, a la que el pueblo judío consideraba la patria de Jesús. Pero en la iconografía religiosa española, aun la palabra estrechó más su significado por cuanto que con ella se vino a expresar exclusivamente la representación artística de Cristo con la Cruz al hombro camino del Calvario. Es curiosa la predilección de la imaginaria procesional andaluza por este tema devoto, que si se repite en muchas ciudades de España, se prodiga como en ninguna en Sevilla. Los dos grandes Nazarenos de Sevilla, las dos efigies más queridas y admiradas, con un frenesí que llega hasta la realidad, los dos prototipos del Nazareno procesional, son: Jesús de la Pasión y Jesús del Gran Poder.